



Don Francisco Ponce Cordones, un caballero ilustrado

ANA SOFÍA PÉREZ-BUSTAMANTE MOURIER
(Académica de Número)

Excmo. Sr. Director de la Real Academia Hispano Americana, Ilmo. Sr. Director del Casino Gaditano, Ilmos Sres. Académicos y Académicas, querida familia de don Francisco Ponce Cordones, señoras, señores, amigos:

Designada por el Prof. Dr. D. Manuel Bustos Rodríguez, nuestro director, para participar en esta sesión en memoria de D. Francisco Ponce Cordones, quiero agradecerle la deferencia, que es para mí un deber no ya solo intelectual y académico sino propiamente filial porque, además de maestro y colega, D. Francisco era también mi suegro.

Qué es la vida de un hombre, se preguntaba el filósofo y ensayista Javier Gomá. Y se respondía: "la lenta gestación de un ejemplo póstumo, es decir, de un sistema limitado y coherente de elementos que merecen perdurar en la memoria de la colectividad".

La lenta gestación de un ejemplo póstumo. Pienso en Francisco Ponce Cordones y en su sistema de elementos memorables. El primero, la devoción por sus padres y su tierra.



Don Francisco Ponce Cordones, 2014. Foto Jesús Marín para *Diario de Cádiz*.

Nacido en Rota en 1920, don Francisco fue el mayor de los siete hijos del matrimonio formado por Francisco Ponce Bueno y Rafaela Cordones Ramírez. Ponce Bueno era un muchacho que, sin medios para adquirir formación superior, consiguió que las personas formadas de su pueblo (el médico, el boticario, el cura, el comandante de la batería Duque de Nájera) le dieran clases particulares de diferentes materias, de modo que finalmente pudo presentarse a los exámenes y acceder al cuerpo superior de Inspectores de Finanzas del Estado, o de Aduanas. Mientras tanto, Rafaela Cordones, su novia desde los doce años, esperó a que él consiguiera situarse en la vida. De la historia de aquellos dos novios niños pacientes y esforzados, y de la devoción inmensa que don Francisco sintió siempre por sus progenitores, queda hoy, en una vitrina, una cajita de terciopelo verde donde están dos alianzas de oro con los nombres grabados de Francisco y Rafaela. Uno piensa, al verlas, qué menuda era la gente antigua, qué dedos tan delgados tenían entonces.

A Don Francisco siempre le tiró la mar. De hecho, su bisabuelo (o tatarabuelo quizá) Narciso Bueno fue el práctico que en 1868 sacó de puerto a la nave donde iba el almirante Topete, camino de la revolución que se llamó Gloriosa o Septembrina. En esta línea, cuando estalló la guerra civil Ponce Cordones embarcó de marinero voluntario en el crucero Canarias, en el ejército sublevado. Era menor de edad y se alistó contra la voluntad de sus progenitores. Al término de la guerra, sin embargo, su miopía le impidió ingresar en la Armada, y por ello optó por seguir los pasos de su padre en la Administración de Aduanas.

Profesionalmente, sus destinos fueron La Coruña, Sevilla, Rota y Cádiz. En Rota fue donde conoció a su mujer, María de la Paz Calvo Beca, y la leyenda familiar que se ha forjado mi suegra dice que, en cuanto le presentaron a aquel joven ya tallado, moreno, educado y formal, siempre vestido en verano de blanco, ella le comentó a su madre aquel mismo día: “Mamá, he conocido a un muchacho que me ha hecho pensar, mira tú por dónde, yo con ese sí que me casaba. Porque es un hombre”.

De aquel pálpito roteño salió efectivamente un matrimonio y seis hijos, cuatro varones y dos hembras, como seis soles. Qué voy yo a decir.

De su paso por la Aduana Ponce Cordones ha dejado un recuerdo de servicio y honradez a carta cabal. Sabiendo que la requisa de contrabando apretaba sobre todo al más débil, jamás consintió en comer lo que él llamaba "el pan de la desgracia ajena", de manera que su mujer tenía instrucción de convertir en limosna aquellas pagas extra.

De otro lado, lo mismo que su padre, D. Francisco se hizo a sí mismo a la medida de su afán: así devino historiador, leyendo sin prisa pero sin pausa, buscando el asesoramiento de los maestros (García Bellido, Domínguez Ortiz), cultivando en los círculos de su tiempo (academias, ateneos, cursos de verano, la UCA finalmente) conocimientos y amistades, divulgando su saber en la *Revista de Marina*, en el *Diario de Cádiz*, en el *ABC* de Sevilla, en los *Anales de la Universidad*.

Hombre de otra época, cristiano cabal, azoriniano y discreto era mi suegro, a quien siempre traté de usted. Jamás le oí hablar mal de nadie. Otra cosa es el humor compartido. Cuánto le hizo reír su amigo el coronel y librepensador don José Pettenghi Estrada. Y de qué manera discutían y se chinchaban entre sí Pettenghi padre, Fernando Muñoz el médico, el coronel Rafael Patero y don Francisco Ponce. Hans-Joseph Artz me ha contado a menudo que parecían niños. Yo entresaco, de su libro *Speculum Rotae*.

Antología de estampas roteñas (Rota, Fundación Alcalde Zoilo Ruiz Mateos, 1980), esta página de “Dos tertulias roteñas. Recuerdos de antaño”:

En los años que marcaban el filo del medio siglo, había en Rota dos tertulias distraídas y simpáticas, si las hay, donde mataban sus ocios los roteños de cuna y esos otros roteños adoptivos que son los veraneantes, dos reuniones conocidas en el pueblo por los respectivos nombres de tertulia del Muelle y tertulia del “Latoneo”. Eran años duros, de estrecheces de post-guerra y de aislamiento internacional, de restricciones eléctricas y de desbarajuste en las comunicaciones, años, en fin, de apreturas y dificultades sin cuento, y Rota era un pueblecito que a despecho de adversidades sabía derrochar el buen humor, que nunca tenía prisa por nada y que, recoleto y tranquilo, era bien distinto del actual.

Dejando aparte el hecho de que en todo tiempo y lugar la gente se ha dado cita para desahogar su ánimo de polémica, su propósito de crítica o, simplemente, para pasar el rato amigablemente –y, a buen seguro, así continuará mientras el mundo sea mundo-, es lo cierto que entre todas las formas de reuniones y mentideros, la tertulia ha gozado siempre entre nosotros de especial aprecio. Esta institución, tan típicamente española que so pretexto del café, del refresco o de cualquier otra causa congrega ante una mesa o en un amplio círculo a un grupo de “celtíberos” –como ahora se nos dice- para pontificar sobre los más variados asuntos, para discurrir, discutir y discernir sobre las más diversas cuestiones, para hacer tiempo, para matar el tiempo o para perder el tiempo, siempre contó en Rota con muy dignos cultivadores y aficionados que le dedicaron sus mejores ratos. [...]

La otra tertulia roteña, la del “Latoneo”, tenía su domicilio social en la barbería del maestro Puyana.

Esta barbería –último grito de la moda, en su tiempo- había sido instalada por el joven Juanito Puyana, cuando se independizó de su jefe el maestro “Gilito”, en la planta baja de una casa de la plaza de los Coches, esquina a la calle Charco, donde por breve tiempo funcionara la tienda de García “el del Bigote”, conocida por el nombre –entonces de palpitante actualidad- de “La Manchuria”, lo que nos da idea de su contemporaneidad con la guerra ruso-japonesa del año 1905. En efecto, la barbería estaba montada en el mejor estilo de “cuando la boda del Rey” y conservaba hasta el más mínimo detalle del ambiente de cualquier buen establecimiento similar de finales del siglo pasado... incluso el herramental. [...]

El maestro Puyana, muy aficionado a la lectura, había ido adquiriendo a lo largo de los años una culturita que le permitía hacer buen papel en cualquier conversación. Algún guasón, recordando al barbero del *Quijote* y aludiendo a los ribetes literarios de que hacía gala nuestro hombre, solía llamarle medio en broma, medio en serio, maese Nicolás. Parece ser que durante algún tiempo había sido discípulo de Allan Kardec y seguidor de Flammarión, pero ya hacía tiempo que había abandonado tales aficiones”.

Hago aquí un inciso para comentar que Allan Kardec (1804-1869) fue el fundador del espiritismo, y que Camille Flammarion (1842-1925) fue, además de astrónomo, un seguidor entusiasta de Kardec. Lo que quiere decir que el barbero Puyana, teósofo y espiritista, ofrece perfiles que acreditan una tradición surrealista roteña que ha dado frutos muy felices, caso del narrador y poeta Felipe Benítez Reyes. Cierro el inciso y vuelvo a la tertulia:

Solía concurrir a ella lo más lucido y representativo de la clase media roteña: clérigos, militares, médicos, funcionarios, artesanos, etc., a los que frecuentemente se unía algún que otro desocupado de turno. El aire pretendidamente intelectual de las

reuniones –donde se peroraba sobre todo lo divino y lo humano, incurriendo con frecuencia en las mayores herejías- y las continuas tabarras que daban al pobre y paciente maestro Puyana, habían dado lugar a la formación del nombre de la tertulia: “Latoneo”, contracción de lata y Ateneo.

Y abrevio para llegar al final de la historia del barbero Puyana:

Un buen día en que la concurrencia a la tertulia era más nutrida de lo habitual [...] entró en el establecimiento un cliente desconocido y posiblemente forastero que, sin saber dónde se metía, pidió al maestro que lo afeitara. Entregose este a regañadientes a su trabajo y el resto de la reunión, sin hacerle caso, continuó su charla y, de conversación en conversación, acabó tocando el tema de una trágica noticia aparecida en la prensa de aquellos días. En ella se daba cuenta de que un barbero, mientras afeitaba a un parroquiano, sufrió un mortal síncope cardíaco y al caer al suelo fulminado por el ataque, acabó también con la vida del cliente.

El desconocido, sentado en el sillón, tragaba saliva sin hacer comentario alguno y miraba de reojo sin cesar, como muestra de su agitación interna. De pronto, uno de los concurrentes, por incordiar al bueno de Puyana y como sin dar importancia a la cosa – a sabiendas, además, de que mentía descaradamente- le dijo:

-Maestro, ya hace tiempo que no le dan a Ud. aquellos ataques epilépticos que le daban antes...

Blanco como la pared y cual alma que lleva el diablo, levantose el atribulado paciente y –como diría el clásico- incontinente, cogió el chapeo, requirió la zamarra, fuese, y no hubo nada.

Del tal, nunca más se supo.

Don Francisco, como tertuliano y como hombre, era un señor que nunca tenía prisa y que se daba con fruición, fuera de los horarios de trabajo o de lo que los romanos llamaban *negotium*, a lo que Cicerón denominó el *otium cum dignitate*: el que practicaban las élites intelectuales cuando se entregaban a la meditación y a la contemplación.

De los ocios con dignidad de mi suegro salió una vocación de divulgación e investigación historiográfica de muchos quilates.

En el año 2007 Unicaja publicó la amplia colección de artículos que mi suegro, insensible a un mundo que desconoce el latín, tituló *Gades, Gadium, Gadibus* ("Cádiz, de Cádiz y para Cádiz"). Su presentador, el historiador y director entonces de los Museos Municipales Juan Ramón Ramírez, destacó su contribución más importante a la historia y la geografía: la identificación en la topografía urbana actual del canal que hacía del Cádiz antiguo un archipiélago. Su método: la lectura y la observación. Porque tanto en las fuentes antiguas como en las modernas obras de cimentación de edificios había una dificultad común que solo podía significar que bajo las calles de Cádiz, casi sin huesos, todo sedimento y limo, había discurrido siglos antes el mar. Otros hitos de su quehacer de historiador *amateur* son sus estudios demográficos a partir de los archivos de la parroquia de Santa Cruz, o la investigación de episodios históricos como el ataque de los ingleses a Rota en 1702. También era experto en monedas y cecas de Cádiz; en náutica y comercio de Indias; en las fortificaciones de la ciudad y los asaltos ingleses...

En aquellos artículos recopilados al calor del nombre de Gades se dan mil y una noticias de gran curiosidad e interés: el sentido del refrán marinero (casi acertijo pirata) para encontrar la enfilación del puerto de Cádiz (“La primera vuelta a Rota; la segunda, a la calle de la Pelota; Puerto Real con Medina hasta descubrir los Coloraos en la puerta de Sevilla. Y desde allí a Puntales, a fondear donde gustares”); la construcción en La Caleta del Puente Canal a raíz del sitio de Nelson en 1797; cómo el signo del dólar viene de los duros columnarios: la “ese” de “Spanish” y las dos barras (“pillars”), de las columnas de Hércules.

Como erudito local, Ponce Cordones consiguió que los restos del acueducto romano de Cortadura fuesen rescatados y puestos en valor. Otras cosas no las consiguió en vida. Es el caso de su idea de señalar de manera visible, “patrimonializable”, la posición del Meridiano terrestre que en su día hizo que las cartas náuticas españolas se alzasen tomando a Cádiz como referencia. Cuando Cádiz fue Greenwich.

Era Ponce un raro ejemplar de caballero ilustrado que atendía generoso a quien le consultaba, ya fueran opositores, doctorandos, medios de comunicación en busca de tertulianos documentados, comisarios de exposiciones necesitados de que les identificase fotografías o grabados, o incluso escritores como Fernando Quiñones, que lo incluyó en los agradecimientos de *La canción del pirata*.

El talante erudito, apacible y discreto de don Francisco recibió muchas gratificaciones. Don César Pemán lo introdujo en la Real Academia Provincial de Bellas Artes, de la que fue muchos años bibliotecario. También fue miembro de número de esta Real Academia Hispano Americana. En Rota, su pueblo, le nombraron Hijo Predilecto y le han dedicado una calle. Una calle cuyo nombre a veces tunean los gamberros, de modo que en vez de leerse “Francisco Ponce Cordones”, se lee “Francisco Ponte Condones”. De haberlo sabido, me cabe la duda de si mi suegro habría callado y sonreído, o les habría motejado de “indocumentados”, o tal vez, en el colmo de la irritación, los habría considerado “botarates” (el denuesto más fuerte que yo le escuché decir).

Era por lo demás don Francisco Ponce hombre singularmente friolero que en invierno gastaba siete capas de tejidos sobrepuestos. Hombre franciscano, que reunía tertulia de gorriones en el patinillo de la cocina cuando les echaba las migas de pan que habían sobrado del almuerzo. Hombre muy religioso, capaz de interrumpir un partido de fútbol para llevarse a sus indignados vástagos a misa. Mi suegra vestía a los seis niños iguales y daba gloria ver cómo aquellos angelitos, que ocupaban un banco entero de la iglesia, convertían un rosario en un lazo de vaquero o en una piadosa tira de estrangular. De otro lado, tenía don Francisco un hondo sentido de la historia, de manera que llevó a sus seis hijos a pie para que estrenaran en 1969 el recién terminado puente José León de Carranza sobre la bahía de Cádiz, y también los sentó frente al televisor para que fueran testigos de la llegada del hombre a la luna.

Un día mi suegro dejó de dar su paseo diario por la Punta de San Felipe, en el que controlaba a ojo todo el tráfico marítimo de la Bahía. A los antiguos romanos se los llevaba Caronte en una barca camino del Hades. A mi suegro se lo habrá llevado al cielo el “barco de la hora”, un humilde falucho de vela latina que cubría la ruta Rota-Cádiz y que mereció la atención de Pedro Antonio de Alarcón en su relato *El libro talonario*, de 1877. Escribía don Francisco que “podemos suponer sin grave riesgo de equivocarnos que este tráfico regular se remonta a los años de mediados del primer tercio del siglo pasado [o sea, el XIX], cuando finalizada la guerra de la Independencia, desaparecida la

piratería berberisca y libres las aguas de la bahía del bloqueo de las naves inglesas, cosa que antes ocurriera con harta frecuencia, se podía navegar por ellas con una seguridad de que hasta entonces habían carecido”.

En el cielo estará ahora don Francisco Ponce Cordones departiendo con don Pedro Antonio de Alarcón y don José María Pemán y averiguando exactamente cómo iban arbolados los barcos del Descubrimiento, dónde caía el tempo de Hércules-Melkart y qué fue de la pinacoteca de Sebastián Martínez, el mecenas de Francisco de Goya.

Escribía don Francisco que la costumbre de la tertulia duraría mientras el mundo fuera mundo. Él era sin duda un tradicionalista. Yo estaría ahora por decirle a su nieta, aquí presente: “Anda, Blanquita, ponle un wasap a Dios y dile que se dejen ya de charla y que se traiga para acá al abuelo. Que se ha hecho de noche y tenemos que cenar”.

*Casino Gaditano
Cádiz, 6 de noviembre de 2017*